Sentido actual del humanismo crítico

Joseba Buj

Doctor en Letras por la Universidad Iberoamericana Ciudad de México. Actualmente dirige la División de Humanidades y Comunicación de esta institución. Pertenece, desde 2021, al Grupo de Estudios del Exilio Literario (GEXEL), adscrito a la Universidad Autónoma de Barcelona. Ha publicado los libros *Cartografía del desencuentro* (Universidad Veracruzana, 2022) y *Exilio, ¿para qué?* (Bonilla Artigas, 2022). Ha participado, con capítulos de su autoría, en los libros colectivos *Políticas y estrategias de la crítica II* (Iberoamericana Vervuert, 2021) y *El otro descubrimiento* (Peter Lang, 2022); y ha coordinado (y participado con capítulos de su autoría) los libros colectivos *La importancia de llamarse José Revueltas* (Bonilla Artigas Editores, 2024) y *Cultura digital y construcción de paisajes narrativos* (Taurus, 2024). Por otra parte, ha realizado la edición comentada de las novelas *Viajes de ida* (Renacimiento, 2018), de Carlos Blanco Aguinaga, y *Efraín de Atenas* (Renacimiento, 2021), de Máximo José Kahn.

> ***Los jesuitas me formaron. [...] Te forman sin que te des cuenta de ello [...], te abren la oportunidad de establecer relaciones con personas y profesores de distintas disciplinas.***
> Marisol Pérez Lizaur

Si uno observa las promesas que parecen inferirse de la evolución histórica del proceso conocido como modernidad (desde su irrupción en los siglos XV y XVI, pasando por la Reforma Protestante, por el Ciclo Atlántico de las Revoluciones Liberales y por las revoluciones y revueltas de los siglos XX y XXI), se entendería que este proceso auguraba, de una forma soberbia, la realización del ser humano como una centralidad totalizadora (como una agencia que saturaba la producción de sentido): de este ambicioso y quizá pretencioso deseo, ha restado, acaso tímida pero felizmente al fin y al cabo, el "pensamiento débil" –pero sumamente productivo– del humanismo crítico.

La entrada en escena del "principio copernicano" (la desconsoladora toma de conciencia de que la vida humana no ocupa un lugar privilegiado en el universo) permitió romper con las certidumbres de la tradición: esto es, supuestamente, con la sujeción de la vida humana a una entidad externa (trascendente) que colmaba desde afuera de la vida misma todas las angustias provocadas por las carencias de sentido, que ordenaba la "totalidad" de lo existente con fuerza de ley. Incursionó, así, paradójicamente, la progresiva confianza, que se puede rastrear históricamente, en que el ser humano constituye en sí mismo una completitud a realizarse totalmente en el tiempo de los "hombres" (entrecomillo con ironía, porque las mujeres, de todos es sabido, no han estado incluidas habitualmente en los proyectos de realización). Hay, en esta operación, una trampa estructural, porque estamos ante una sustitución de centros totalizantes y, por ende, totalitarios: ante la subrogación de la revelación de un dogma totalitario por la revelación de otro. Cada vez que el ser humano –algo muy moderno, por lo demás– ha proclamado que su tiempo/lugar es el tiempo/lugar de la realización (cada vez que ha fundado un absoluto secular...), ha convertido, como dijera el

Imagen generada en Midjourney del prompt *A depiction of the human consciousness.*

Cada vez que el ser humano –algo muy moderno, por lo demás– ha proclamado que su tiempo/lugar es el tiempo/lugar de la realización (cada vez que ha fundado un absoluto secular…), ha convertido, como dijera el poeta, a la utopía en campo de concentración.

poeta, a la utopía en campo de concentración. Ha incidido en procesos de homogeneización forzada y sumisión de aquello que no adhería al proyecto de la "totalidad" realizada, regulando, disciplinando, destruyendo… y en casos extremos, exterminando, a lo divergente (a la vista están los genocidios y la aniquilación de los equilibrios con la llamada "Casa Común").

El humanismo crítico pesquisa, por consiguiente, en los términos de esta argumentación, ese momento *inestabilizador* originario del "principio copernicano" (en este sentido, es un "pensamiento débil": porque busca trastocar –y, quizá, ésa es su paradójica fuerza– más que afirmar rotundamente), y no la utilización de éste como una excusa para acometer una recentralización dogmática y soberbia de segundo orden (aunque sea inmanente y *antropocentrada*). En la Universidad Iberoamericana, ese humanismo crítico –a través de las carreras de humanidades principalmente, pero no sólo en éstas, porque es uno de los patrimonios de nuestra formación transversal[1]– es un rasgo constitutivo de nuestra identidad. Se puede rastrear, por ende, en la figura de Íñigo de Loyola, un instante seminal de dicho humanismo crítico.

Esta figura, en un momento de crisis personal y civilizatoria (pleno siglo XVI, los albores de la modernidad), visibilizó el valor de la interioridad individual frente a una tradición que postulaba la inexistencia de éste en pos de una realización comunitaria sometida, a su vez, a los arbitrios de un Dios totalitario. Sin embargo, esclareció, mediante el discernimiento y el libre examen de conciencia, que el individuo y el desarrollo

[1] Ejemplos históricos de la transversalización del humanismo son la creación de la Licenciatura en Comunicación promovida por José Sánchez Villaseñor (que buscaba la generación de un "filosofar" ejercido desde el campo de los medios de comunicación masiva) y la reforma departamental incoada por Ernesto Meneses (que buscaba combatir la mirada autorreferencial, disciplinarmente hablando, de la estructuración universitaria en facultades).

Biblioteca de la Universidad de Salamanca, España. *Wikimedia Commons.*

Fue la época de Ignacio una época de conflictos, de fetichizadas recentralizaciones (totalitarias) y de celebraciones vacías, también fue una época de aperturas de compás y de transformaciones. Uno piensa en si la relación con la cultura de la conciencia individual hubiera sido la que es sin el avance técnico de la imprenta o sin el avance institucional de la universidad moderna (claramente, la Compañía de Jesús optó por tomar posición en favor de ambos avances).

de su conciencia sólo dan un paso hacia la transformación realizadora en sucesivas desestabilizaciones de su aparente mismidad: es decir, abriéndose, mediante la acción y el pensamiento, a la dimensión fronteriza que supone el encuentro con el otro. De ahí, el trabajo comunitario –una comunidad diferente a la de la tradición, pues no sacrifica la relevancia de las autonomías individuales–, educativo y misionero de la Compañía de Jesús. El encuentro con la alteridad, por lo tanto, su inherente vocación de apertura, conllevaba, en tiempos de Ignacio (antes Íñigo), un encuentro con las personas divina y angélica (pues su lenguaje no estaba aún, en razón del momento histórico, desprovisto de paternalismos teológicos medievales), pero, sobre todo, con la persona humana de todo tipo: lo cual comportaba un punto de inflexión epistemológico, político, histórico, económico, ético/moral/jurídico, racial e internacional.

Hoy día, el humanismo crítico, desplazándose entre lenguajes secularizados, incluye a entidades *incodificables* en los días del santo de Loyola, tal es el caso del feminismo y de la diversidad sexual; o aquellas no necesariamente circunscritas a la esfera personalista y humana, como puede ser, por ejemplo, la alteridad eco/ambiental. Por otra parte, las actualizaciones que trae consigo este humanismo crítico de raíz ignaciana permiten colegir que lo que un día fue el encuentro con un Dios medieval, impuesto desde el dogma revelado, pero al que no se abrazaba de modo acrítico, sino que se llegaba a él, a través del discernimiento individual sobre las "mociones" experimentadas en razonamientos y afecciones (un ancestro de la crítica), puede ser hoy, desde una óptica

Imagen generada en Midjourney del prompt *Ancient philosophers debating in public.*

pluralista, el encuentro con el Dios cristiano, para los que, muy legítimamente, precisen suplementar de esta manera el sentido de su existencia, el encuentro con otro Dios (al que se haya llegado por convicción o por tradición), con otro género de espiritualidad, o, simplemente, con la heterogeneidad de la vida, la historia y el mundo mismos en coordenadas inmanentes: todo ello, construyendo y transformando un espacio fronterizo en el que se articulan y se piensan las oportunidades para la convivencia y para el respeto de los derechos humanos.

Dicha premisa de no clausura, entonces, es para el religioso vasco, como lo es para el humanismo crítico actual, una constante antropológica: la apertura del pensamiento, desde la conciencia del "estar en falta" del uno mismo, hacia lo proteico y perpetuo de la diferencia mundana e histórica, con la consabida posibilidad de intervenir en ésta, reconfigurando sus, supuestamente inamovibles, matrices y ecuaciones "esenciales". La clausura del dinamismo constructivo y transformativo de esta constante antropológica, su interdicción, resulta ser un pecado estructural, porque amputa el libre desarrollo del ser humano, lo sustituye por una verdad/fetiche (pues es una verdad incompleta, vicaria, que trata de encajar en su lecho de Procusto aquello que la excede y problematiza) que impide, entre otras cosas, observar y criticar las falencias del momento civilizatorio realmente existente (en nuestro caso, el de una modernidad que, como en los días de Ignacio, cruza por una de sus más agudas crisis), sin que esto sea una sustracción ensimismada que impida sumergirse y participar en y de él.

Fue la época de Ignacio una época de conflictos, de fetichizadas recentralizaciones (totalitarias) y de celebraciones vacías; también fue una época de aperturas de compás y de transformaciones. Uno piensa en si la relación con la cultura de la conciencia individual hubiera sido la que es sin el avance técnico de la imprenta o sin el avance institucional de la universidad moderna (claramente, la Compañía de Jesús optó por tomar posición en favor de ambos avances[2]).

[2] De esta posición vanguardista, siempre avanzando hacia el humanismo crítico, da cuenta, por ejemplo, una figura ignaciana posterior como la de Francisco Suárez (aplicable a la actualización del ignacianismo que resulta ser el humanismo crítico es, por consiguiente, la noción de "epiqueya" suarista, esto es, la adaptación del mismo espíritu a una circunstancia distinta) quien destraba sin suspicacias a la filosofía de la servidumbre medieval que prestaba a la teología.

Estudiantes Ibero tomando clase.

En la Universidad Iberoamericana, ese humanismo crítico –a través de las carreras de humanidades principalmente, pero no sólo en éstas, porque es uno de los patrimonios de nuestra formación transversal– es un rasgo constitutivo de nuestra identidad. Se puede rastrear, por ende, en la figura de Íñigo de Loyola, un instante seminal de dicho humanismo crítico.

El primero supuso la ruptura con una experiencia de la cultura mediada por la liturgia y, por ende, comunitaria/totalitaria en mayor medida; el segundo, el despegue definitivo del monopolio cultural por parte de monasterios y conventos (ya que, con ellos, la cultura era sólo accesible a un cuerpo de funcionarios). Sin embargo, en aquel momento civilizatorio realmente existente, a través de un proceso de importancia capital para la emergencia de la conciencia individual como fue la Reforma Protestante y, a través, simultáneamente, de la reacción católica, la imprenta y la universidad moderna se rindieron, ora a la exaltación de las lenguas vernáculas y de las "protonaciones", ora al apego viejuno al sueño imperial propagado mediante el elitista latín; esto es, dos proyectos adversarios de absoluto secular (dos verdades fetichizadas) que ocasionaron una cerrazón de la mirada, una clausura frente a la diferencia, que desencadenó un sinfín de guerras fratricidas.

En esta coyuntura, la apuesta de Ignacio por una suerte de unidad última de los "hombres" configurada a través de la apertura al misterio –lo radicalmente otro– que impulsaba al cuerpo social de la Iglesia (o sea, la apuesta por un momento civilizatorio "en potencia" y, por lo tanto, mucho más desplegado al acto de justicia que el realmente existente), podría ser leída, con la actualización del humanismo crítico, en el momento civilizatorio realmente existente de hoy día, como una "unidad en lo diferente (humano y, por qué no, 'posthumano'...)" abierta, inclusiva y expansivamente, frente a lo infinitamente otro: en las personas, en las creencias, en el medioambiente, en la tecnología, en la historia... Porque en el momento civilizatorio realmente existente de hoy día, con el arribo de la cultura digital y de la inteligencia artificial (IA), todo hace pensar, echando mano de "analogías", que, como ya hemos dicho, estamos ante una crisis parecida.

El humanismo crítico de la Universidad Iberoamericana, de su comunidad no totalitaria y, sobre todo, de su estudiantado formado en este paradigma (estudie la disciplina que estudie), tendrá que jugar un papel, sin duda, frente a este contexto. Las nuevas tec-

Imagen generada en Midjourney del prompt *Depiction of human spirituality and civilization.*

nologías, articuladas desde el humanismo crítico, podrían empujar la abundancia y la democratización del conocimiento (a través de la accesibilidad universal), una potenciación de la humanidad que expandiese la conciencia individual y comunitaria afuera de los límites materiales autoimpuestos (es decir, una nueva construcción de los lazos sociales desde la convivencia, la emancipación de todas las dimensiones humanas, el cuidado de la "Casa Común"...). No ha sido así, hemos asistido –sin ser exhaustivo en la enumeración– a la decadencia de la pregunta compleja de los saberes universitarios frente a la facilidad pseudocultural que se propaga en la red; la institución de la brecha digital (que instaura una sociedad de castas donde queda cancelada la promesa de la movilidad social); la reproducción técnica de la forma de conciencia (que homogeneiza las agencias subjetivas –impidiendo el dinamismo que introduce el encuentro con la alteridad–, obstaculiza la recepción crítica de la información y, al mismo tiempo, aísla y rompe el tejido social); la alianza entre poderes económicos y políticos en las instituciones (que impulsa la acumulación desmedida y un modelo de democracia aclamativa, mediado por la tecnología, en el que no caben las ópticas minoritarias ni la posibilidad de conjeturar modelos políticos e históricos alternativos); la invisibilización ideológica de la destrucción de la "Casa Común"...

Hoy día, el humanismo crítico, desplazándose entre lenguajes secularizados, incluye a entidades *incodificables* en los días del santo de Loyola, tal es el caso del feminismo y de la diversidad sexual; o aquellas no necesariamente circunscritas a la esfera personalista y humana, como puede ser, por ejemplo, la alteridad eco/ambiental.

Introducir un correctivo "débil" y desestabilizador (contra el embate de todas estas suturas totalitarias), y desplegar un principio de responsabilidad, frente a la opacidad de la mirada en el momento civilizatorio realmente existente, serán los grandes desafíos que afrontará el humanismo crítico por el que apostamos en nuestra universidad.